



antes que se aplacara la deidad terrible: la cándida figura de la paz no habia de presentarse á los mexicanos sino en otro teatro de sangre y desolaciones. La revolucion agregó á sus páginas otra página de luto y gloria, y es preciso darla un lugar en este libro.

Apaciguáronse los ánimos de la multitud cuando el general Comonfort subió á la presidencia, pero no se estirparon del todo los gérmenes de revolucion que habian nacido en tiempo de Alvarez. Una ley sobre administracion de justicia, en la que se habia abolido el fuero eclesiástico, y contra la cual habian protestado algunos obispos, mantenía vivas las inquietudes, por el temor de que fuera el gobierno demasiado adelantado en materia de reformas eclesiásticas. Algunos jefes del ejército, disgustados con los violentos desahogos de algunos amigos de la revolucion, resentidos de las injurias que se prodigaban á toda la clase militar, y acaso temerosos de que se hicieran revolucionariamente las reformas anunciadas para el ejército, pensaron desde luego en una reaccion, é hicieron causa comun con los descontentos en materias religiosas.

Aunque la reaccion no tuvo disculpa, esplicanse muy bien, con las circunstancias de la época, los primeros movimientos reaccionarios. Una parte de la prensa periódica se habia desencadenado contra el clero y

contra el ejército, y vomitaba diariamente los vituperios mas atroces contra los individuos de ambas clases. Decíase de los primeros, que habian fomentado y sostenido la tiranía dictatorial, y reproducíanse con vehemente acritud todas las especies que son comunes en tiempos de revolucion, sobre su espíritu de intolerancia y de retroceso. Acusábase á los segundos de los incendios y devastaciones que habia ordenado la dictadura, y se repetía sin cesar, que habian sido los verdugos del pueblo. La conducta de Don Santiago Vidaurri, que pasaba entonces por la personificación mas neta de la idea democrática, estaba enteramente de acuerdo con aquellos arranques de la prensa periódica. En sus conversaciones, en sus escritos y en sus comunicaciones oficiales, no perdía ocasion de zaherir á la clase militar; y hasta llegó á espedir un decreto suprimiendo el ejército de la República, cuyos individuos eran calificados de inmorales, cobardes, genizaros, viles instrumentos de la tiranía y verdugos de la nación. Pasaba entonces México por una de esas formidables crisis, en que campean todas las exageraciones; y era natural que temieran mucho, y se apercibieran á la resistencia, las clases que parecían amenazadas por el pico revolucionario.

El gobierno logró sofocar algunos tumultos que ocurrieron en Oajaca y en Puebla con motivo de la aboli-

cion del fuero; mas no pudo impedir que se juntaran en Zacapoaxtla algunos jefes y oficiales con buen número de soldados, y que unidos á los vecinos de aquel pueblo y de sus inmediaciones, levantaran, al grito de *religion y fueros*, una bandera rebelde.

El plan de Zacapoaxtla se redujo á desconocer al gobierno de Comonfort, y á proclamar las *Bases Orgánicas* de 1843. La acta de pronunciamiento fué levantada el 19 de Diciembre, y firmada en primer lugar por el general Don Francisco Güitán y por los coroneles Don Luis G. Osollo y Don Juan Olloqui, que habian sido enviados por el gobierno al Estado de Puebla con dos cuerpos de caballería para que defendieran allí el orden público.

Contra los pronunciados de Zacapoaxtla fué enviado primeramente Don Ignacio de la Llave con una brigada numerosa, y toda ella se adhirió al pronunciamiento dejando casi solo al jefe que la mandaba. El gobierno envió despues mil quinientos hombres á las órdenes del general Castillo; y tambien se unieron á los rebeldes con su jefe á la cabeza, llevando á las filas rebeldes los considerables fondos que el gobierno les habia dado para la campaña, varias piezas de artillería y gran provision de municiones. Al mismo tiempo que pasaban estas cosas, se pronunciaban en diferentes

puntos de la República otros jefes, que tomaban el camino de Zacapoaxtla, é iban á engrosar las filas de la nueva revolucion.

Aunque no de acuerdo con ella, pero sí alzado contra el gobierno, andaba por la Sierra Gorda el general Don José López Uruga, que habia reunido mas de dos mil hombres en aquel territorio, y amenazaba sublevar los Estados de Querétaro y de San Luis, por haber arrastrado en su rebelion á varios personajes influyentes de aquellas comarcas.

El horizonte político se encapotaba de nuevo de una manera alarmante; la posicion del gobierno iba haciéndose en extremo difícil y angustiosa; los jefes en quienes ponía su confianza, le vendian; diariamente era burlada su buena fé con nuevas defecciones; engrosábanse las fuerzas de sus enemigos, y él no sabia si podia confiar en un puñado de hombres del ejército que le quedaban.

Atizaba la revolucion desde la misma capital Don Antonio de Haro, no obstante que desde su regreso de San Luis vivia al parecer retirado de la política. El presidente le habia tratado con las mayores consideraciones, le habia pedido consejo sobre asuntos graves del Estado, y le habia prodigado las pruebas mas

patentes de estimacion y de afecto. Hasta le habia ofrecido una legacion en Europa, y Haro se habia escusado de aceptarla, pretestando su deseo de vivir separado de los negocios públicos.

A pesar de esto, Haro conspiraba contra el gobierno de Comonfort con toda la energía de una ambicion no satisfecha, y burlada en sus mas intensas aspiraciones. El gobierno lo sabia; pero disimuló por algun tiempo, fiado en que no tendrian ninguna mala consecuencia aquellas tentativas, ó acaso por evitar que el conspirador se convirtiera abiertamente en un rebelde, en cuyo caso era doloroso para Comonfort tomar duras providencias contra un hombre que era su amigo desde la infancia, que habia sufrido persecuciones por la libertad, y que habia hecho algo para derrocar la tiranía.

Llegaron, sin embargo, á ser tan públicos aquellos manejos, que ya el gobierno no pudo abstenerse de hacer algo para reprimirlos. Todo el mundo sabia, y decíase públicamente, que Don Antonio Haro mantenía inteligencias con los caudillos rebeldes, y que desde su casa de México estaba dirigiendo la revolucion que debia llevarle á la presidencia. Entonces el general Comonfort llamó á su amigo; le dijo que tenia pruebas inconcusas de que estaba conspirando, y le suplicó en

nombre de su amistad y de la patria, que se abstuviera de fomentar unos disturbios cuyo resultado no podia ser otro que atraer sobre la nacion nuevas calamidades. Haro afectó en aquella entrevista un aire de lijereza que sentaba mal con la gravedad del asunto que se trataba; y respondió al presidente que no era verdad aquello, que le habian engañado, y que no hiciera caso de hablillas: insistió el presidente en que tenia datos demasiado positivos de que era cierto el delito que le achacaban; le rogó de nuevo que no le obligara á sacrificar su amistad antigua y sus buenas relaciones, á los formales deberes que le imponia su carácter de jefe del Estado; repitió Haro su anterior negativa con aire de indiferencia y aun de chanza; y despidiéndose de su amigo, se fué desde allí á conspirar contra él con mas ahinco y mas osadía que nunca.

Pasaron aún algunos dias: el público siguió hablando, y el gobierno siguió recibiendo nuevas pruebas de la rebelde conducta de Haro. No podia ya la autoridad, sin mengua de su decoro, consentir aquello, ni las consideraciones de amistad podian sobreponerse en el gobernante á su estrecha obligacion de conservar la tranquilidad pública. Dióse una orden de prision contra Don Antonio Haro, y se le metió en una diligencia extraordinaria, para que le llevara rápidamente á Veracruz, donde debia embarcarse para el extranjero.

Haro burló la vigilancia de los que le custodiaban, y á pocas leguas de Orizaba se escapó favorecido por las tinieblas de la noche.<sup>1</sup> Pocos dias despues se reunió con los pronunciados de Zacapoaxtla, donde fué reconocido por jefe del movimiento.

<sup>1</sup> Iban presos con Don Antonio Haro, para salir fuera de la República, los generales Don Francisco Pacheco y Don Agustin Zires, acusados igualmente de complicidad en las conspiraciones que en la capital se fraguaban. A las doce de la noche del 5 al 6 de Enero, llegaron á un punto llamado *Sal-si-puedes*, entre Córdoba y Veracruz, donde se mudaron los caballos de la diligencia. Mientras se hacia esta operacion, el general Zires y Don Antonio Haro se apearon á satisfacer alguna necesidad, acompañándolos un capitán y dos soldados con sus armas. A los pocos momentos volvieron al carruaje Zires y uno de los soldados, quedándose fuera el otro con Haro y el capitán. Entonces se entabló entre estos dos últimos, sin que pudieran advertirlo los que estaban adentro, la ordinaria disputa de cumplidos, pretendiendo cada cual que el otro subiera primero. Tanto insistió Haro en su cortesanía, que el capitán cedió al fin, y subió delante; pero no bien estuvo dentro del carruaje, cuando el cochero blandió el látigo, y los caballos partieron á escape, sin parar en largo trecho. El jefe que conducia los presos, cuando advirtió lo que habia sucedido, consiguió á duras penas que se detuviera el coche, y mandó al capitán con algunos soldados, que fueran á buscar á Haro; pero la noche era muy oscura, el sitio despoblado, se hallaban en medio de un inmenso bosque de bejuco, una espesa neblina aumentaba las tinieblas, los caballos habian corrido mucho; y en fin, Don Antonio Haro no se habia quedado allí sin una intencion bien deliberada: el resultado fué que no pareció el fugitivo. Aparte de las serias consecuencias que aquel hecho tuvo, no dejó de ser celebrado por sus circunstancias, añadiendo nueva gracia al extraño lance, la rara analogía que tenia con él, el nombre del sitio en que se verificó.

En pocos dias se habia organizado una revolucion formidable. Los sublevados de Zacapoaxtla eran mas de cuatro mil hombres de los mejores del ejército, y estaban con ellos los jefes mas distinguidos. Favorecian el movimiento clases muy poderosas, que se creían amenazadas en sus intereses por la política dominante; una propaganda sorda y segura se ejercia por todas partes sobre los pueblos, invitándolos á impedir que prevaleciera el desenfreno demagógico. En fin, todos los individuos á quienes habia perjudicado la caída de la dictadura, apoyaban con ardientes votos á los pronunciados; y todos los intereses destruidos por el triunfo de la revolucion liberal, habian caido con su enorme peso en la balanza de la nueva rebelion. La bandera de Haro era ya en realidad una bandera reaccionaria, tanto mas peligrosa, cuanto que en ella estaba escrita la palabra libertad al lado de la palabra orden: parecia un movimiento operado para poner coto á las exajeraciones democráticas; y como se tenia por imposible que hubiera quien intentara una reaccion hácia las cosas que habian caído con Santa-Anna y su gobierno, no faltaron liberales que de buena fé se manifestaran adictos ó tomaran parte en la empresa.

Los de Zacapoaxtla se movieron de aquel punto á principios de Enero, y marcharon sobre Puebla. Las autoridades de aquella ciudad hicieron algunos prepa-

rativos de defensa, que no bastaron para rechazar á tantos enemigos; y los pronunciados entraron en Puebla el 23 de Enero, á consecuencia de una capitulacion celebrada el dia anterior, y en virtud de la cual los defensores salieron de la plaza con todos los honores de la guerra, despues de obtener toda clase de garantías para los que allí habian defendido al gobierno.

Si antes de ocupar á Puebla ó inmediatamente despues, se hubieran dirigido los pronunciados á la capital de la República, habrian entrado en ella sin costarles ningun trabajo, porque el gobierno no solamente estaba desprevenido, sino que carecia de todo medio de defensa, y no podia confiar en el escaso número de hombres que tenia que oponer á los rebeldes.

Una prodijiosa actividad desplegó el gobierno para conjurar el peligro: levantó en la capital buenas fortificaciones, armó y organizó varios cuerpos de milicia nacional, escitó fuertemente el espíritu público en favor del órden de cosas existente; y se dió en fin tan buena maña para hacer frente á la rebelion, que en un mes puso á la ciudad en estado de resistir cualquier ataque que se intentara contra ella, y tuvo listos para esperar á los disidentes, ó para salir á batirlos al campo, mas de diez y seis mil hombres de todas armas.

Una de las medidas que entonces dictó el presidente

sustituto, reveló á la República que tenia al frente de sus destinos, un hombre bien diferente, por su carácter y por su genio, de cuantos le habian precedido en el mando. La disolucion de varios cuerpos del ejército, que se verificó á consecuencia del triunfo de la revolucion en el mes de Agosto, habia dejado sin destino á muchos jefes y oficiales, que por aquella causa habian quedado en depósito. Pasaban de ochocientos los que se hallaban en este caso, en los momentos mismos en que se pronunciaban y se iban á aumentar las filas rebeldes, los que se encontraban de servicio en diferentes puntos fuera de la capital. Comonfort sabia que aquellos hombres no eran adictos á su gobierno, y que habian de convertirse en sus enemigos declarados, en cuanto tuvieran ocasion de pasarse con los disidentes, siguiendo el ejemplo y las huellas de todos los demas de su clase.

Un hombre vulgar, colocado á la cabeza del gobierno en tales circunstancias, habria procurado únicamente cerrar á los jefes y oficiales del depósito todas las salidas, imposibilitarlos de tomar parte en la rebelion, y rodearlos de dificultades para que no fueran á unirse á la bandera de sus antiguos compañeros. Comonfort hizo precisamente todo lo contrario: no queriendo tener cerca de sí enemigos encubiertos, no gustando de reservas ni disimulos, y resuelto á aclarar la posicion relativa

del gobierno y de los pronunciados, abrióles la puerta, les allanó los obstáculos, y los puso en camino para que se fueran adonde los llamaran sus inclinaciones. Dispuso que todos los jefes y oficiales del depósito salieran de la capital, y fijaran su residencia en cuatro puntos distintos; hizo que se les diera una tercera parte de paga mensual en proporcion de sus empleos, y los dejó que marcharan libremente á los puntos señalados.

Aquella disposicion fué muy mal juzgada por los amigos y por los enemigos del presidente. Unos y otros la consideraron desde los mezquinos puntos de vista que proporcionan las reglas comunes, y se equivocaron. Decian los primeros, que era una solemne imprudencia dejar libres á tantos enemigos disimulados, para que fueran de seguro á engrosar las filas rebeldes, y que ademas de imprudencia era incomprendible candor proporcionarles los medios de hacer el viaje, con la parte de sueldo que se les daba. Decian los segundos, que era una crueldad enviar aquellos hombres á que perecieran de hambre y de miseria en los pueblos que se les habia designado para residir, y que era una burla darles una cantidad tan pequeña, que no podia servirles lejos de sus familias y de sus deudos, sino para prolongar las angustias de su posicion desesperada.

Amigos y enemigos se equivocaban hablando así,

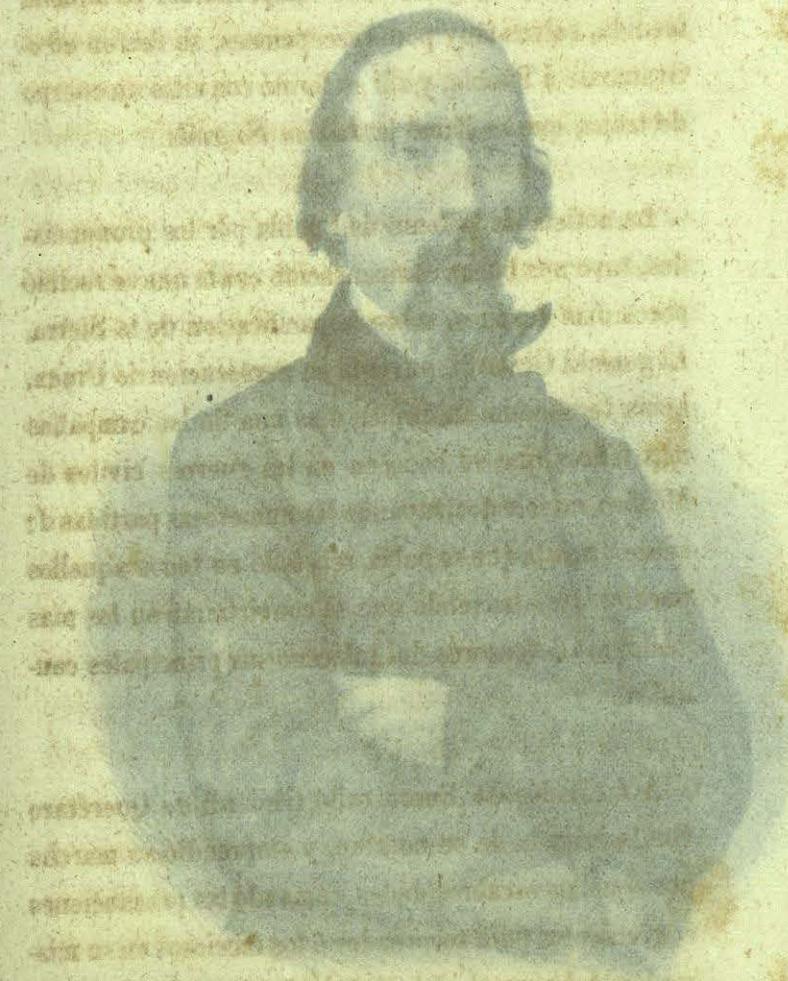
porque discurrían sobre la base de ideas vulgares, y la medida salía de esta esfera; era un rasgo algo extraordinario. Bien sabia el presidente que aquellos hombres iban á tomar las armas contra él; pero como convenia mas á su carácter decidido y franco tenerlos por enemigos en el campo de batalla, que en la disimulada prision de un cuartel ó de un depósito, les abrió la puerta para que tomaran partido, cumpliendo sin embargo con el deber de darles algo mientras no fueran rebeldes, supuesto que de él dependian. De este modo se separaron los fieles de los que no lo eran; el gobierno pudo contar el número de los enemigos con quienes tenia que combatir, y la situacion se despejó de modo que pudo ser bien comprendida, para ser mas tarde bien dominada.

En cuanto á los que censuraron la providencia como inhumana y cruel, no reflexionaron sin duda, que si era poco para los jefes y oficiales del depósito, la tercera parte de una mensualidad que Comonfort mandó darles, fué sin embargo sobrado generoso con ellos, supuesta la certidumbre que tenia de que iban á hacerle la guerra. Harto hizo seguramente en proporcionarles una parte de los gastos del viaje que iban á emprender en su daño; y los mismos interesados no tuvieron motivo de queja, si pensaron en que aquel socorro venia de las manos de su enemigo.

Todos los jefes y oficiales comprendidos en aquella medida, salvo muy pocas escepciones, se fueron efectivamente á Puebla, y allí se formó con ellos un cuerpo de tropa, que se llamó la *Legion Sagrada*.

La noticia de la toma de Puebla por los pronunciados, tuvo una buena compensacion con la que se recibió pocos dias despues, sobre la pacificacion de la Sierra. El general Ghilardi, enviado en persecucion de Uraga, habia terminado en quince dias una de las campañas mas felices que se conocen en las guerras civiles de México, no solo destruyendo las numerosas partidas de gente armada que se habia rebelado en todos aquellos pueblos, sino haciendo que se convirtieran en los mas decididos defensores del gobierno sus principales caudillos.

A mediados de Enero salió Ghilardi de Querétaro con la brigada de su nombre, y emprendió su marcha por aquellas escabrosidades, tomando las precauciones convenientes para sorprender á los facciosos en su mismo cuartel general. Dividida su brigada en dos secciones, y marchando con el mayor sigilo, llegó el 23 á las inmediaciones de San Pedro Toliman, villa situada en el corazon de la Sierra, donde entró el dia siguiente, despues de algunos encuentros con los facciosos, que varias veces quisieron atajarle el paso, colocándose al

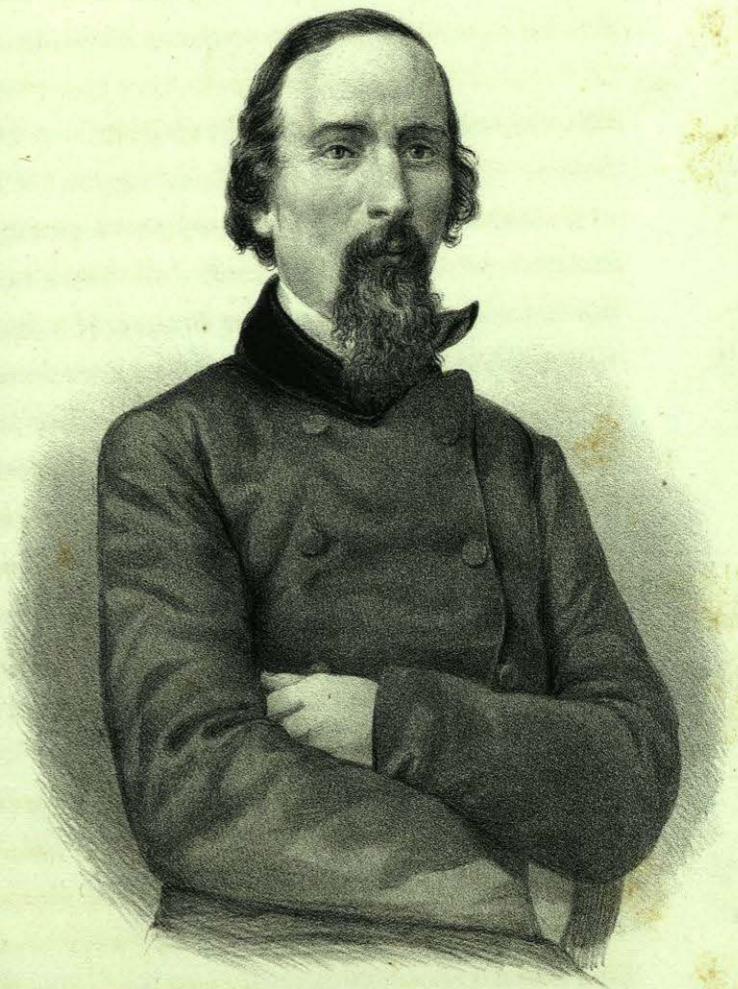


GENERAL LOUIS GHILARDI

Todos los jefes y oficiales comprendidos en aquella medida, salvo muy pocas excepciones, se fueron afectivamente á Puebla, y allí se formó con ellos un cuerpo de tropa, que se llamó *Legión Separada*.

La rebelión que se levantó en Puebla por los pronunciamientos, tuvo una gran consecuencia, que se recibió para dar á conocer el estado de la guerra. El ejército que se formó en la provincia de Orizaba, y que se componía de cuatro mil hombres, era una fuerza que se organizó en las guerras civiles de México, no solo destruyendo los numerosos partidos de gente armada que se había formado en todos aquellos pueblos, sino haciendo que se unieran en los más decididos del ejército, para dar una sola y mancomunada batalla.

A mediados de Enero salió Ghilardi de Querétaro con la brigada de su nombre, y emprendió su marcha por aquellas escabridades, tomando las precauciones convenientes para descomodar á los facinorosos en su mismo cuartel general. Dividió su brigada en dos columnas, y marchando con el mayor sigilo, llegó el 23 á las inmediaciones de San Pedro Toimán, villa situada en la orilla de la Sierra, donde entró al día siguiente. En consecuencia de algunos sucesos con los facinorosos, que se habían reunido á tomarle el paso, solicitóse al



EL GENERAL D. LUIS GHILARDI.